

Enhebrando futuro

Hilanda

Como todos los años, Verónica Ravarotto y Fernando Lobo habían comenzado el 2020 trabajando intensamente. Mientras la gente aprovecha el receso escolar entre enero y febrero, ellos se dedican todos los veranos a preparar los uniformes para arrancar el ciclo en marzo. Pero ese año las clases nunca empezaron. En febrero llegó el coronavirus al país y el 16 de marzo se cancelaron todas las actividades presenciales, incluyendo la escuela. De un día al otro, la venta de uniformes se paralizó y con ello también la producción. La empresa que tenían desde el 2003, TP Uniformes, por primera vez se había quedado paralizada. Pero, dentro de la crisis y la incertidumbre del momento, ambos se embarcaron, junto a su equipo, en una tarea que, finalmente, se extendería durante todo ese año: la recuperación de los residuos textiles y su transformación en algo de valor. Así fue como surgió Hilanda, un proyecto que busca generar nuevos productos a partir de la recuperación de retazos de la industria textil. Y que teje nuevos vínculos y aprendizajes en el camino.

Hilanda nació como una tradición familiar. «Dentro de mi familia, mi mamá y mi abuela siempre fueron costureras, tejedoras y también tengo una tía que es modista. Y cada retacito y cada prenda vieja que había en la casa se juntaba, se guardaba y se utilizaba para hacer algo: un delantal de cocina, una alfombra, un acolchado, la camita para el perro», recuerda Verónica. Más tarde, cuando ella y Fernando comenzaron a producir uniformes escolares, esa tradición siguió presente, pero en una escala mayor, y eso les dio una dimensión del impacto ambiental de

la industria textil: de las 53 millones de toneladas de fibras textiles que se generan anualmente para producir indumentaria, más de las tres cuartas partes terminan en un incinerador o en un relleno sanitario después del período de uso, que cada vez se acorta más y más. Se estima que, además, medio millón de toneladas termina en el océano en forma de microfibras plásticas. Tan solo el 12% de las fibras se recicla para generar, principalmente, productos de menor calidad.

En Argentina no existen estadísticas que den cuenta del impacto de la industria textil, pero Verónica y Fernando saben que es grande y que, además, se hace poco para mitigarlo. «Vemos que la industria no es consciente del daño que causa. Cuando decís que la industria textil es la segunda más contaminante del mundo, en general los colegas se te quedan mirando, incrédulos», cuenta Fernando. «Yo siempre hago la analogía entre las telas y las pizzas: es como si quisieras hacer una pizza e hicieras una masa cuadrada, le cortarás la forma redonda y el resto de la masa la tirarás. Eso pasa constantemente en la industria textil». Fernando habla de los retazos industriales: pedazos pequeños de tela nueva que se descartan luego de cortar los moldes y que van a parar directamente a los basurales.

La preocupación por el cuidado ambiental es también una herencia, aunque esta es compartida por ambos, y tiene que ver con las Sierras de Córdoba, su lugar de residencia. «Acá en las Sierras el impacto de la basura es muy visible. Lo vemos cada vez que viene el

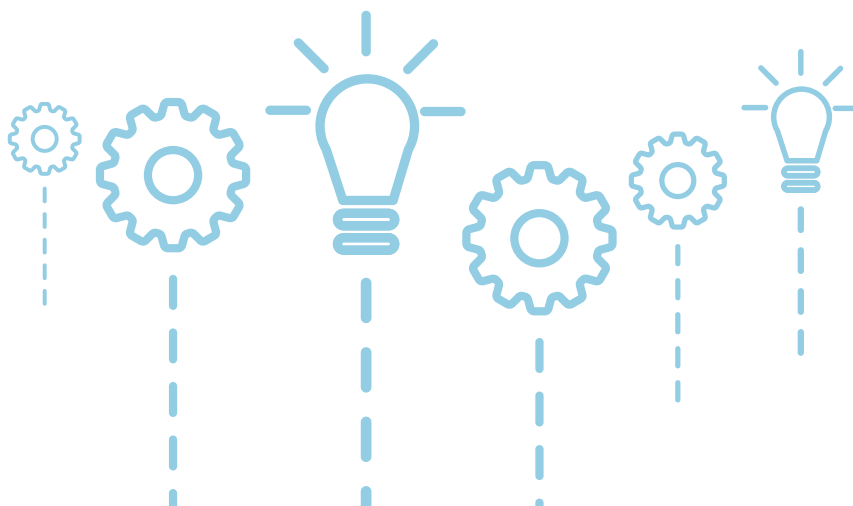
turista. Por eso, tenemos la preocupación ambiental desde chicos, desde nuestras familias. La circularidad está en nuestro ADN», cuenta Fernando. Y Verónica añade: «Los Cocos, el pueblo donde vivimos, se mantiene divino. Salís a la calle y ves plantas, veredas, y eso es lo que queremos ver, no basura. Eso para nosotros es un valor, es algo que hay que cuidar. Tenemos ríos limpios, con agua cristalina de vertiente; eso es invaluable. Hay que cuidar la naturaleza como sea». Ese deseo de cuidar su entorno y la naturaleza los llevó a pensar en formas de evitar dañarla, pero, además, en alternativas para contribuir con el desarrollo social de su pueblo. Y en ese aspecto, la industria textil también tiene mucho por cambiar.

Los primeros pasos de Hilanda fueron experimentales. Hacía tiempo que Verónica le daba vueltas a la pregunta de cómo recuperar los retazos industriales y agregar valor en el proceso. Y por primera vez tenía tiempo libre para pensar en ideas y experimentar con nuevos métodos. «Teníamos una premisa clara: queríamos recuperar nuestros descartes y los de nuestros colegas de la forma más simple posible», explica Verónica. Y ella misma comenzó a experimentar en su casa: se sentó en la máquina y empezó a coser retazos de varias maneras. Pero todas demandaban mucho trabajo y daban pocos resultados. Necesitaba desarrollar una técnica simple, que no requiriese de maquinaria

compleja, que pudiese realizarse con las herramientas que tiene cualquier taller textil. Y así, después de un largo proceso de prueba y error, desarrolló el material que es la base de los productos de Hilanda: el aglomerado textil, un material hecho de retazos unidos con calor y sin costura, que es aislante y se puede usar como relleno en muchos tipos de prendas y objetos.

«El aglomerado textil cumple la función de una guata, que es el material que se usa para rellenar abrigos o acolchados», explica Verónica. «Este material guarda calor, por eso lo usamos para muchas otras cosas. Por ejemplo, lo usamos para hacer ollas brujas, que son unas bolsas térmicas de cocción lenta que se usan para terminar de cocinar los alimentos». Y lo más importante del aglomerado textil es que se fabrica a partir de una técnica sencilla y puede realizarse de forma industrial y artesanal. «Eso cumplía con nuestra idea de hacer algo muy low tech (baja tecnología)», comenta Fernando. «Se puede hacer con cosas que se consiguen en cualquier lado y de las que dispone cualquier taller, por más básico que sea. Nosotros juntamos cosas que están en la industria y que las usamos todo el tiempo, pero que nunca las habíamos juntado de esa manera. El aglomerado es una técnica muy elemental, pero que nunca antes la habíamos visto».

Una de las primeras cosas que notaron cuando finalmente lograron desarrollar el



aglomerado fue que necesitaban crear una empresa nueva. Y también un circuito nuevo, que a su vez involucrara a las organizaciones que ya conocían y con las que venían trabajando. Fernando, que es quien se hace cargo de las ventas y los vínculos con proveedores, empezó a llevar la idea a algunas organizaciones no gubernamentales y cooperativas conocidas con la idea de generar nuevas alianzas que les permitieran producir el aglomerado textil a escala industrial. «Nosotros queríamos trabajar con organizaciones no gubernamentales o con cooperativas y asociaciones de trabajadores», comenta Fernando, «pero también a veces pasa que esas ONG y esas cooperativas no logran profesionalizar su trabajo». Por eso, para Verónica y Fernando era necesario trabajar junto con las organizaciones de trabajadoras y trabajadores para ayudarlas a profesionalizarse, a estandarizar sus procesos y darle continuidad a la producción. Y así, generar confianza en los clientes.

Todas estas conversaciones ya estaban en marcha cuando llegó a Fernando la noticia del Desafío Córdoba Resiliente. «Nosotros somos personas muy curiosas y nos gusta aprender y hacer cosas nuevas», cuenta Verónica. «Y compartimos la vida con muchas personas inquietas que siempre están buscando cómo mejorar, desde la calidad de vida, el entorno y el cuidado del ambiente y de las personas. Y Fernando en uno de estos recorridos que hace por trabajo, se encontró con este concurso. Todos me decían que me presentara y me presenté, a cara de piedra. Como tenía mucho tiempo, pude desarrollar la propuesta y hacer la descripción del proyecto, que me llevó mucho trabajo. Pero no me esperaba el honor de ganar el premio. Fue una sorpresa enorme y maravillosa. Y después me di cuenta de que era la única mujer entre los finalistas. Teniendo en cuenta que las trabaja-

doras de Hilanda somos en su mayoría mujeres, creo que nosotras deberíamos ocupar más este tipo de espacios».

Así fue como, en diciembre de 2020, Hilanda ganó el segundo premio del Desafío Córdoba Resiliente en la categoría Economía Social Urbana. El premio les dio un impulso, tan grato como inesperado, para avanzar en la implementación del proyecto. «El proyecto lo íbamos a hacer igual», comenta Fernando, «pero nos iba a costar mucho más trabajo e íbamos a tener que invertir mucho dinero. Pero, además, a partir del Desafío arrancamos con el armado formal del proyecto, que hasta ese momento no lo teníamos. La idea estaba en nuestras cabezas, nos juntábamos con los amigos que son parte del proyecto, hacíamos las pruebas y los ensayos, pero no lo teníamos por escrito». En ese texto, no solo estaban la descripción del aglomerado textil, la técnica para fabricarlo y el potencial que tiene para el recupero de materiales textiles; además, quedó plasmado el impacto social de un proyecto que genera trabajo digno, de calidad, en el marco de un circuito de comercio justo que no solo agrega valor a los productos, sino también a las organizaciones de trabajadoras y trabajadores.

El 2021 empezó con un nuevo desafío: aceitar y ampliar el circuito de comercialización de los productos de Hilanda. «Desde que ganamos el Desafío Córdoba Resiliente, empezamos a hacer contactos para trabajar en red con muchas organizaciones y con los actores con los que tenemos que articular. Le dedicamos mucho tiempo a hacer llamados, contactos, mandar mails, y nos encontramos con un montón de personas interesadas, con los brazos abiertos, dispuestas a colaborar, a sumarse». Verónica no deja de sorprenderse por la predisposición que han encontrado entre las organizaciones que han contactado para sumar al proyecto Hilanda. «Hace poco

fuimos a hablar con las personas que integran una cooperativa de trabajadoras en Villa Libertador y nos contaban que estaban en un momento de bajón, tanto en lo productivo como en lo anímico, pero que les levantó el ánimo sumarse al proyecto y aprender a hacer cosas nuevas usando lo que ya tienen».

Verónica dice que en Hilanda siempre fueron circulares, solo que en el 2020 empezaron a usar esa palabra. «La circularidad no solo está en hacernos cargo de los descartes textiles, sino también en tomar conciencia de la cuestión social. La gente exige cada vez más saber de dónde viene lo que compra, quién fabricó la prenda, en qué condiciones. Y después de usar la ropa, ¿qué pasa con

ella?». Para Fernando, en la industria textil hay que dar la discusión que se está dando en muchas otras industrias, que tiene que ver con el descarte de materiales. «Nuestro emprendimiento tiene muchísimo potencial, pero para llegar a un sistema circular, tenemos que replantear el sistema productivo como sociedad».

Mientras tanto, Hilanda empieza a tejer un hilo que, a partir de la recuperación de los descartes textiles, une a personas y organizaciones que se articulan en torno a un trabajo colaborativo y que genera nuevas dinámicas para vincularse entre seres humanos y con la naturaleza. Hilanda es un hilo que está vivo y que está siempre agrandando su tejido.

